Historia de la Masonería

En 1723, sólo unos años después de la creación de la Gran Logia de Londres, primer taller de Francmasonería “especulativa”, Anderson establece en sus Constituciones el origen legendario de la tradición masónica, al tiempo que define la finalidad y organización de la nueva sociedad. Desde este documento inicial se ponen de manifiesto los lazos complejos que ligan la Masonería a los gremios medievales de constructores de catedrales, los masones (albañiles) “operativos”: la concepción de Dios como Gran Arquitecto del Universo; la logia, en recuerdo del local adosado al edificio en construcción donde se guarecían los trabajadores y transmitían sus conocimientos; los tres primeros grados iniciáticos: aprendiz, compañero y maestro; el utillaje simbólico: escuadra, compás, nivel, plomada, mallete, además de mandil y guantes.

Cuatro siglos antes, en el s. XIV italiano, el descubrimiento de los textos atribuidos a Hermes Trismegisto y el de los Hieroglyphica de Horapollo habían suscitado una fascinación inesperada. Los escritos herméticos, redactados en los ss. III-IV, probablemente en Alejandría, están impregnados de un fuerte neoplatonismo, que se impuso en la Europa renacentista tras su traducción por Marsilio Ficino en 1471. Retomando las afirmaciones de los autores griegos, Egipto empezó a ser considerado en determinados círculos como el fundamento de toda sabiduría, en oposición a la idea negativa que proporciona el Antiguo Testamento, y algunos teólogos aceptaban la posible influencia de sus creencias sobre el propio cristianismo. Pero toda la ciencia faraónica quedaba velada por una escritura jeroglífica que la ocultaba y transmitía al mismo tiempo y que, siguiendo a Horapollo, sólo había sido accesible a los iniciados.

Durante el s. XVI, el hermetismo neoplatónico se funde con las ideas cabalísticas y la alquimia en el seno del movimiento rosacruz. Éste también se hacía eco de la obra de teólogos como Giordano Bruno, quien defendía, tomando como base los cultos isíacos, que las diferencias religiosas podían ser superadas a través del amor. Así, una de las primeras exposiciones de la fraternidad universal en el pensamiento de Occidente quedaba conectada con lo que se conocía de la religión egipcia.

Desde la fundación de la Masonería especulativa, la tradición operativa medieval se fue enriqueciendo con los símbolos y creencias de buena parte de estas corrientes espirituales. Pitagorismo, Hermetismo, Cábala, tradición caballeresca y templaria, los diversos ensayos de reconciliación de ciencia y religiones, Teosofía, etc. pueden encontrarse como sustento teórico en los textos masónicos. Y, como ya se ha visto, Egipto estaba presente como compañero de viaje en buena parte de ellas.

La logia, la sede donde los hermanos construyen el edificio inmaterial de una Humanidad mejor, adopta de las corrientes de pensamiento que influyen sobre la Masonería una serie de características muy variadas. A la descripción bíblica del templo de Salomón, que se convierte en la referencia fundamental, se superponen elementos tomados de los santuarios clásicos, las catedrales medievales y las creaciones contemporáneas.

La tradición masónica mantiene que la Orden es tan antigua como la arquitectura. Y esta misma tradición considera que la habilidad de cortar bloques en las canteras, extraerlos, desplazarlos y tallarlos había tenido su origen en Egipto; al mismo tiempo, sus constructores, como todos sus creadores en general, son considerados símbolos de excelencia y ascendientes de los propios masones.

En el s. XVIII se creía que los hebreos habían aprendido las técnicas para la construcción en piedra de los egipcios. Así, el primer santuario que erigieron, el templo de Salomón, se habría levantado siguiendo esos conocimientos. Éste era el prototipo del edificio simbólico que los masones querían erigir con la nueva Humanidad y, más prosaicamente, el modelo para los edificios reales en los que se reunía la congregación de hermanos.

Cuando se funda la Francmasonería, Europa occidental no se hacía una idea muy precisa de cómo eran los monumentos faraónicos. No puede extrañar que sea sólo desde mediados del s. XVIII, con cierto retraso respecto a la constitución de la Orden, cuando comiencen a aparecer logias que adoptan un estilo egipcio en su disposición general o en su decoración. Su aparición coincide con la publicación de las primeras narraciones ilustradas de viajes por el país del Nilo. Desde entonces, el desarrollo de la Egiptología y el conocimiento más concreto de la arquitectura egipcia comenzaron a ofrecer modelos susceptibles de ser copiados o servir como inspiración para las sedes de los talleres masónicos.

En el Archipiélago canario, como en el resto del Estado español, la presencia de la Masonería ha sido discontinua. La breve historia que se recoge en las siguientes líneas se basa en la investigación sobre los documentos conservados, debida a J.A. Ferrer Benimeli y M. de Paz Sánchez. Ellos dan una versión muy diferente a la que ha creado la propia sociedad de sí misma, mucho más encomiástica de su papel en la España contemporánea. Las dificultades para desarrollar su actividad son la causa fundamental para la escasa presencia de edificios masónicos en el país.

En el s. XVIII se detecta la presencia de masones extranjeros. Son sobre todo comerciantes y militares al servicio del rey español: ingleses en Madrid y Cádiz, holandeses de la guardia valona real, franceses y, en el caso de Canarias, un mercader irlandés. En sus reuniones no parecen incluir hermanos hispanos, pero tenemos noticia de algunos afiliados a logias en el extranjero.

La Orden del Gran Arquitecto del Universo entra en España durante la Guerra de la Independencia. Su implantación se hace de una manera oficial, no clandestina, pues se utiliza como instrumento de propaganda por parte del régimen bonapartista. A los talleres compuestos básicamente por franceses, se unen otros con mayor presencia local, a pesar de las prohibiciones de las Cortes de Cádiz. Éstos constituyeron su propia Gran Logia Nacional de España en 1809. La huida de sus integrantes con la llegada de Fernando VII, no provocó la desaparición de la Masonería, pues ésta sobrevive a través de cuatro logias nuevas, creadas por españoles iniciados en Francia que regresaron al país desde 1814. En Tenerife se documenta una de ellas, Los Comendadores del Teyde. Pero tras su autorización y cierta presencia social durante el trienio liberal, son reprimidas de nuevo.

Entre las décadas de 1830 y 1860, se forman algunos talleres esporádicos en ciudades de la Península, de duración breve y ninguna influencia.

Las libertades de reunión y de expresión otorgadas tras la revolución de 1868 abrieron la posibilidad de reaparición de la Orden, al dejar de estar perseguida. Sin embargo, al no existir ningún cuadro organizativo nacional, la mayoría de las logias, incluidas las canarias, se colocaron bajo la obediencia del Gran Oriente Lusitano Unido. Esta situación se mantuvo hasta 1878, cuando por su excesivo control sobre los hermanos españoles, se produjo la ruptura casi general y la aparición de diversas obediencias españolas. Las más de diez logias canarias (de las que ocho son tinerfeñas) de ese momento se fueron reduciendo en las décadas siguientes, hasta la aparente desaparición total en Tenerife durante la última década del siglo, aunque la Orden sobrevivió en Lanzarote, Gran Canaria y La Palma.

Esta situación es un reflejo de los años de incertidumbre de la Masonería española debidos a problemas de índole interno, como las pretensiones centralistas del Gran Oriente de España y la existencia de una treintena de obediencias y más de mil trescientos talleres poco dispuestos al entendimiento entre hermanos. A ellos se unían problemas externos a la Sociedad, como la suspicacia de los poderes públicos ante la posibilidad de que simpatizasen con los movimientos independentistas de las últimas colonias.

Hacia 1895, la actividad masónica estaba casi extinguida, una vez más, en todo el territorio español.

Sin embargo, la recuperación se produce muy pronto, cuando la Ley de Asociaciones permite legalizar las logias, al poder ser inscritas en el Registro Civil (1899: Gran Oriente Nacional de España, 1902: Grande Oriente Español, etc.). En este nuevo marco legal, durante el primer tercio del s. XX la Orden tuvo una actividad destacada en el Archipiélago, con la década de 1920 como su momento culminante.

Son los años en que se construyó el templo de la calle San Lucas. Al mismo tiempo, se fue abriendo paso una nueva reforma de la Masonería española, en sentido autonomista, lo que propició la creación de Grandes Logias Regionales federadas entre sí. Así, por acuerdo entre varios de los talleres insulares, se creó la Gran Logia de Canarias; ésta pasó a depender de la Gran Logia Española, con sede en Barcelona, sólo para algunos asuntos administrativos y a efectos de relaciones exteriores.

En Las Palmas se documentan al menos cuatro talleres, con una importante presencia inglesa debido a la actividad económica de su puerto con las islas británicas. Durante la II República, sobreviene un proceso de desintegración, debido seguramente a los enfrentamientos políticos locales e interinsulares y a las campañas antimasónicas de la CEDA y la Falange Española, que sin reducir el número de logias, influyeron en numerosos abandonos individuales. La Guerra Civil trajo la desaparición de la Orden, o al menos su completa invisibilidad, hasta la recuperación de la democracia.

A esta tercera etapa de la Masonería canaria pertenece la Logia Añaza. Su nombre puede verse seguido hasta por tres cifras diferentes —que son en realidad cuatro—: 125, 270, 1 y, de nuevo, 270. Estas variaciones dependen del número de talleres que integran un Oriente en el momento en que se registra bajo su obediencia. Añaza formó parte del Gran Oriente Ibérico, del Grande Oriente Español, de la Gran Logia de Canarias y, por último, del Gran Consejo Federal Simbólico del Grande Oriente Español, sucesivamente, sin que sus componentes variaran a cada cambio de número, salvo la lógica evolución de miembros de toda institución.

Añaza fue el más relevante de los talleres masónicos erigidos en Canarias, y el de mayor duración, pues se creó el 1 de abril de 1895 y se mantuvo hasta 1936. En el día mismo del estallido de la sublevación militar, la Falange se incautó del edificio y de sus archivos, poniendo fin a la existencia del grupo.

La propia creación de la Logia, en un momento de profunda crisis de la Masonería canaria y española, es testimonio de una voluntad de actuación por parte de sus miembros que se confirma con la construcción del templo. Desde el momento de su fundación, se había planteado la adquisición de un inmueble para sede. Pero en 1899, cuatro años después, la propuesta de la comisión encargada del tema, mucho más ambiciosa, fue la de hacerse construir un edificio adaptado a las necesidades de funcionamiento del taller.

Para comprender la excepcionalidad de esta decisión, hay que tener en cuenta que los documentos conservados no permiten reconocer en España más que seis templos proyectados desde su planteamiento como tales. La razón está en que la Orden nunca llegó a disfrutar de una libertad plena. Sólo gozó de una autorización oficial en los tres momentos que se han señalado: la invasión napoleónica (1808-1813), el trienio liberal (1820-1823) y desde la revolución de septiembre de 1868 a 1936, aunque con algunas dificultades durante la dictadura de Primo de Rivera. Pero la fuerte tradición antimasónica de la Iglesia y de una parte de la sociedad laica se hizo notar en un rechazo popular muy acusado que se refleja en la prensa y hasta en la novelística del momento. En consecuencia, los masones no hacían mucha ostentación pública de su carácter y desarrollaban sus actividades con bastante reserva. Cuando se inscribían en el Registro de Asociaciones de los Gobiernos civiles, una obligación para poder actuar en un marco legal, muchas logias lo hacían ocultando su verdadera naturaleza bajo la apariencia de Ateneos y Sociedades culturales. El resultado es que los edificios masónicos se erigían con discreción en el interior de viviendas y pisos particulares, no en edificios planteados con esta finalidad desde su concepción inicial, como sucede en los países anglosajones.

Los seis templos masónicos exentos conocidos por ahora son: dos en Tenerife, el de la Logia Tinerfe nº 114, hoy perdido, pero del que se conservan documentos relativos a la construcción y descripciones del día de su apertura el 27 de diciembre de 1882, coincidiendo con la celebración masónica de San Juan de invierno, y el de Añaza; uno en Las Palmas de Gran Canaria, para Acacia nº 4, aún conservado pero en mal estado; otro en Gijón, para la Gran Logia Regional del Noroeste, del que sólo se conocen fotografías de su fachada e interior; y los proyectos para la sede en Madrid del Gran Oriente Español, en la calle Príncipe de Vergara, y la sede en Santa Cruz de La Palma de Abora nº 2, ambos en la década de 1930, que no llegaron a realizarse.

Todos pertenecen a la tercera etapa de la Masonería española. Y también es significativo que cuatro de los seis se encuentran en el Archipiélago canario. Si juzgamos por esta circunstancia, tendremos que concluir que la Orden tenía una visibilidad en las islas superior a la del resto del Estado. Sólo el templo que se presenta en esta comunicación tiene elementos de inspiración egipcia. Elementos que no sería correcto calificar como “decorativos”, pues estaríamos reduciendo el significado profundo que tiene su simbología para los miembros del taller.

La comisión de Añaza encargada de estudiar la construcción de la sede encontró un solar que se adaptaba a sus necesidades en la calle San Lucas de la capital tinerfeña, de 18,40 m de frente y 30 m de fondo, que el edificio ocupó casi totalmente.

El proyecto era ambicioso y ellos eran conscientes de su enorme coste y las dificultades que iba a entrañar cubrir los gastos. Por eso, desde el principio, establecieron un orden de prioridades en el que, tras la adquisición del solar, se planteaba una primera fase de construcción del templo y acondicionamiento para su utilización y una segunda de conclusión de la fachada y ornamentación interior.

Cámara no aparece en los cuadros de integrantes de las logias insulares de su época, de donde podemos deducir que, en principio, no era masón. Muy implicado en la actividad política de su ciudad, militó en el partido republicano, por el que salió elegido en las elecciones municipales de 1887, 1895 y 1899. Esto no fue inconveniente para que, debido a su talante abierto, desempeñase cargos de responsabilidad bajo alcaldes conservadores y fuera elegido para la inspección de las obras de la Junta diocesana de construcción y reparación de edificios eclesiásticos del Obispado. Su carrera política concluyó como diputado en la Asamblea Provincial de Santa Cruz de Tenerife, de la que formó parte desde 1909. En la elección de este arquitecto por la Logia, es probable que pesara su afiliación política, pues la Masonería contó entre sus miembros con elementos de los partidos republicanos y liberales insulares.

A partir de 1899, a raíz de su victoria en los comicios municipales, Cámara ocupó la alcaldía interinamente en tres ocasiones. Entre las elecciones y el primer desempeño de este cargo se produjo la conclusión y presentación del proyecto para la Logia Añaza. Es por tanto un concejal del Ayuntamiento santacrucero quien se encarga de la obra, lo que es un indicio de la manera abierta en que actúa la Orden en esos momentos en el Archipiélago, como reconoce el Venerable de la Logia en una carta: “Aunque es aquí pública nuestra existencia y las mismas autoridades han hablado confidencialmente y en broma de la *Añaza*”.

Es importante tener presente cuántos individuos componían la Logia para reconocer el esfuerzo económico que supuso su construcción. En 1900, en el momento de asumir la edificación del templo, Añaza contaba con ochenta y ocho hermanos, cifra que se incrementó en los años siguientes, manteniéndose con altibajos entre ciento veinticinco y ciento cincuenta.

Está además atestiguado el gasto, significativo, que la Logia hacía en libros. Aunque inédito, se conserva el inventario de las publicaciones que componían su biblioteca —también se conocen las que pertenecían a las logias palmeras—, y en ellas se incluían obras de autores como J.M. Ragon. Se trata de textos relativamente breves en los que se detalla el ritual ligado a cada grado de la masonería —iniciación o ascenso según el caso, lugar reservado en la Sala de Tenidas, ceremonias a las que tiene acceso y función que cumple en ellas, etc.—, su justificación mitológica y simbología. Egipto interviene con frecuencia en estas explicaciones. En paralelo, y desde su reaparición tras la revolución de 1868, la Masonería canaria había desarrollado una tendencia hacia el misticismo como alternativa a las inquietudes religiosas de sus miembros, ante el rechazo de la Iglesia católica. Esta corriente se manifestó en la organización de conferencias, memorias e intervenciones en las sesiones, la creación de organismos filosóficos como el Areópago de Caballeros Kadosh Canarias, etc. En la propia Logia Añaza se produjo la escisión en 1904 recién concluida la primera fase del templo— de un grupo espiritista que forma una agrupación mixta de carácter esotérico, la Masonería Blanca Rito de la Verdad 28.

Numerosas logias fueron construidas con estilo neoegipcio desde comienzos del s. XIX en Europa y Norteamérica. La Masonería canaria tiene relaciones con muchas de ellas, tanto o más que con las de la Península. Así lo expresan los integrantes de Añaza cuando reclaman la posibilidad de constituir una Gran Logia Regional en el Archipiélago:

*Nuestra situación geográfica y nuestras relaciones sociales y comerciales que nos hacen tener un contacto mucho más frecuente e íntimo con hermanos y logias extranjeras, algunas de Inglaterra y muchas del Centro y Sur de América que nos llevan a orientar nuestros trabajos con una generalidad, con una universalidad, mayor si cabe, que las logias de nuestra Península.*

Además, las características climáticas del Archipiélago lo convirtieron en un lugar muy apropiado para las estancias prolongadas por motivos de salud, que están en el origen del turismo actual. Los británicos eran el grupo más numeroso de estos visitantes y algunos de ellos, masones, se integraban temporalmente en logias isleñas.

**Miguel Ángel Molinero Polo**

**Manuel de Paz Sánchez**

Universidad de La Laguna

Tenerife